# LA PRIMERA QUINCENA

DE LOS

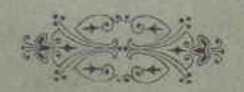
# Treinta y Tres

---

DIARIO INTERESANTISIMO

**Escrito por el sargento mayor don Juan Spikermann**

UNO DE LOS HEROES DE LA GLORIOSA EPOPEYA NACIONAL



MONTEVIDEO

Imp. á vapor *La Época*, Cerrito 309 y 311

1891

# DOS PALABRAS, AL LECTOR

No es, seguramente, la idea del lucro la que nos ha inducido á publicar, en este tomito, la descripcion verídica, exacta, de los sucesos que ocurrieron durante la primera quincena de la homérica cruzada, realizada con el asombro y el aplauso del mundo entero, por los Treinta y Tres benémeritos patricios, que nos legaron una república libre y constituida.

El precio del libro, que escasamente compensará los gastos de la edicion, en el caso improbable de que fuera agotada, nos pone á cubierto de toda malevolente suposicion en ese sentido.

Hemos emprendido este trabajo, insignificante, es cierto, bajo el punto de vista material, sin otra mira ni otro anhelo, que el de facilitar al pueblo el conocimiento verdadero de sucesos de trascendental importancia que la mayoria desconoce.

Y tiene èl, sin duda, un título muy superior sobre los demás de idéntica índole que se hayan publicado ó pudieren publicarse: ha sido escrito de puño y letra de uno de los gloriosos TREINTA Y TRES, el sargento mayor D. Juan Spikermann, con una escrupulosidad en los detalles y tal ver dad y desapasionamiento en el conjunto,que su lectura al par de ofrecer al pueblo saludable ense-

ñanza, inspira severo respeto y hasta veneracion por los que llevaron á cabo la grandiosa empresa de libertar la patria del dominio extranjero.

Lease, pues, *La primera quincena de los Treinta y Tres.*

LOS EDITORES.

## La primera quincena de los Treinta y Tres

I

Montevideo, Setiembre 28 de 1878.

Señor don José Tavolara.

Amigo:

Cuando fundó Vd. *El Panorama*, periódico literario, que tanta popularidad va adquiriendo, le prometí darle algo mio, que se honrase entre las bellas producciones que han visto la luz en los primeros cuatro números de ese periódico, frutos, casi todas, de inteligencias jóvenes, vigorosas y que representan otras tantas esperanzas para la pátria.

Despues me manifestó Vd. su preferencia por los estudios históricos referentes á nuestro país; seguro de llenar sus deseos, y cumpliendo la promesa que hice á uno de nuestros héroes del año veinticinco, le envio el itinerario de la primera quincena de los Treinta y Tres, escrito por el sargento mayor don Juan Spikermann, pocos meses antes de cerrar los ojos á la luz de la pàtria, que él contribuyó á libertar de la dominacion extranjera.

Permítame algunas explicaciones sobre tan importante documento y sobre su autor.

## II

Conocemos, con más ó ménos detalles, la historia de las operaciones militares de los Treinta y Tres, desde el dia en que como bajados de las nubes, se presentaron en el Cerrito, ya con un plantel de ejército, desafiando las numerosas bayonetas que defendían á Montevideo y dejando pasmados á cuantos los observaron, desde las blancas azoteas de la ciudad, ó desde las almenas de sus murallas, preguntándose atónitos: ¿Quienes son? Desde ese dia hasta que la patria fué enteramente libertada, los datos son mas numerosos y precisos; aún cuando no existiesen los documentos oficiales, viven aun muchísimos, que conservan, para la tradicion de sus marchas, de sus paradas, de sus necesidades, de sus mas insignificantes escaramusas, de sus atrevidos combates y batallas campales.

Cualquiera de los viejos soldados de esa época legendaria, nos relata el sitio de Montevideo, nos indica los puntos donde tuvieron lugar las guerrillas, aquel en que calló tal ó cual patriota. Cualquiera de aquellos soldados, repetimos, nos detalla las operaciones militares del Cerro, Rincon y Sarandí, sin olvidar decirnos como estaban formadas las líneas, que jefes mandaban el centro y las alas, cómo empezaron las batallas, cómo se cargó, cómo se venció y hasta donde se persiguió. Podemos decir, que desde la llegada de los Treinta y Tres al Cerrito, hasta la entrada en Montevideo, conver-

tida en capital de una República, la historia está completa y bíen conocida; solo respecto á detalles insignificantes, podrá haber divergencia de opiniones ó datos contradictorios.

No sucede lo mismo, cuando se trata de establecer la verdad, relativamente á los dias que mediaron entre el desembarco de los Libertadores, en unas de las playas del Uruguay, y su llegada al Cerrito; sin embargo creemos que esa es la parte más interesante, más heróica y hasta más providencial, del año veinte y cinco.

Casi es imposible explicarse como y por que medios un grupo de Treinta y Tres hombres, que segun la hermosa frase de *Nascímbene* «pasaron el Uruguay con los frenos en las manos» pudo desembarcar, conseguir recursos y atravesar tantas y tantas leguas en una campaña, cruzada por tropas enemigas, cuyos jefes eran hijos del país, valientes y expertos, como Rivera y Laguna, conocedores de la empresa y, por consecuencia, ya prontos á recibirlos y anonadarlos.

Confieso que esa parte de nuestra história es la que mas me ha llamado la atencion, y la que mas me ha ocupado mi curiosidad, desde muy jóven. Desgraciadamente ninguno de los Treinta y Tres dejó memorias, ni aún apuntes de sus servicios. La mayor parte de ellos eran hombres de poca ó ninguna instruccion, muchos no sabian ni leer ni escribir, otros apenas garabateaban su nombre, y los muy pocos que pudieron dejarnos el inapreciable tesoro de alguna relacion, sobre tan importante acontecimiento, fueron sorprendidos por la muerte, cansados y gastados por las guerras civiles:—en las que

figuraron como actores y víctimas al mismo tiempo.

III

Durante el verano de 1858, nos hallábamos varios jóvenes de Montevideo tomando los baños de Santa Lucía, y entre estos nuestro amigo Lindolfo Spikermann, que habitaba con su familia en la villa de Canelones.

Una noche, despues de una comida en el monte que empezó con la puesta del sol y acabó bajo los rayos de una hermosa luna, rodó la conversación sobre la parte de nuestra historia, objeto de esta carta. Con este motivo, mi amigo Spikermann, nos dijo que su padre le había hecho varias veces la relación de todo lo que deseábamos conocer, y que á nuestra pasada por Canelones, de vuelta para la capital, nos presentaria al viejo veterano para que la oyésemos de sus propios lábios.

No olvidé la promesa. El entónces sargento mayor don Juan Spikermann, me recibió con la séria franqueza del soldado y la amabilidad reservada del hombre de experiencia. A pesar de su edad, avanzada, conservaba la energía de las buenas constituciones, y mas bien parecía un jóven avejentado que un anciano, cuya alma habían herido tantas veces las mil emociones de los campos de batalla.

Como ya estaba prevenido, por su hijo, del objeto principal de mi visita, me prometió hacerme la relación de todo lo sucedido á los Trein-

ta y Tres, en los primeros quince dias de su gloriosa cruzada.

En lo poco que hablamos ese dia, conocí que aquel anciano conservaba la memoria en todo su vigor; no titubeaba ni en las fechas, ni en los lugares, ni en los nombres propios, que es lo que, frecuentemente, olvidan primero los viejos ó las naturalezas debilitadas. Reconocí al mismo tiempo en él un carácter de rectitud, poco comun, un amor entrañable á la verdad; lo mismo se revelaba contra las exageraciones del espíritu nacional, que contra las injusticias de los que han pretendido rebajar el más grande acontecimiento de nuestra historia.

Durante dos dias, que pasé, con él, en Canelones, me explicó verbalmente todo lo que deseaba saber, relativamente, á los primeros dias de la invasion del año veinte y cinco.

Recuerdo aún que, con motivo de manifestarle mi admiracion por su conservada memoria, me respondió sencillamente:

—«No crea usted; la he perdido mucho, me cuesta ya recordar con exactitud sucesos en que he tomado parte despues de esa época.»

Callé al oir esta respuesta, pero ella vino á confirmarme, una vez más, el fenómeno psicológico, que con muy raras excepciones se produce en todos los hombres que han sentido las vivas impresiones de los dos más sublimes amores, el de la pátria y el de la virtud. Todo se va borrando del alma, con los años, así como se desvanecen poco á poco á los golpes de la luz, las sombras de una fotografía; pero los recuerdos del dia en que el hombre tiene conciencia que fué útil á su pátria, que contribuyó á su

salvacion y á su gloria, ó los de aquel en que realizó un gran acto de virtud, quizás, superior á sus fuerzas morales, se sienten hasta en la decrepitud, y son como una lámpara lejana, cuya luz lucha, hasta la muerte, con las tinieblas que acumulan los años en la memoria.

IV

Cuando entre el señor Spikermann y yo se estableció esa amistad síncera y llena de esa confianza que solo forma la simpatia, decidíme á pedirle me diese por escrito, de su misma letra, la relacion que tantas veces me había hecho.

Al principio manifestó indecision en acceder á mi súplica, fundándose en que no tenía costumbre de escribir, y que sus muchos años eran un obstáculo para que pudiese hacerlo, al ménos, con claridad. No obstante, á mis reiteradas instancias, y sobre todo al hacerle presente que era verdaderamente sensible que ninguno de los Treinta y Tres hubiese dejado algo escrito, sobre la memorable marcha de los primeros quince dias de la invasion del año veinticinco, me prometió llenar mis deseos.

Esta promesa me fué hecha el año 58. Pasó algun tiempo, y estando yo empleado en el ministerio de Relaciones Exteriores, se presentó un dia mi viejo amigo á visitarme. Notè en su apostura, hasta entonces verdaderamente militar, un notable cambio, y en su rostro, generalmente alegre y afable, una sombra de abatimiento y tristeza que me impresionaron dolorosamente.

Sentóse á mi lado, acompañando este acto de

un quejido prolongado, y despues de descansar algunos instantes me dijo:

—«Amigo mio, acabo de levantarme de una grave enfermedad, que, quizás, sea la precursora de la que debe llevarme al lado de mis compañeros de cruzada; aquí tiene Vd. el trabajito que le prometí.»

A estas palabras, sacó algunos pliegos de papel escrito y me los entregó, agregando con con una débil sonrisa:

—«Un Treinta y Tres debe ser exacto en sus promesas.»

Yo considero que este manuscrito con su temblorosa letra, su lenguaje incorrecto, y sus faltas gramaticales, es más precioso que si estuviese adornado con las galas de una retórica escogida, y animado por un estilo vibrante y seductor. Espontaneidad y sencillez son sus carácteres, y esto facilita al historiador el descubrimiento de los errores, si los hubiere.

V

Hace tiempo sentia deseo de dar publicidad á ese trabajo, cumpliendo así la promesa hecha al señor Spikermann, pero las premíosas necesidades de la vida, el haberme hallado ausente de Montevideo algunos años, fueron obstáculo para que pudíese realizar ese deseo.

Hoy, al copiarlo, para enviárselo, solo he corregido las faltas de ortografía, y algunas frases que, por la colocacion de las palabras, podrian aparecer de oscuro sentido.

R. de S.

VI

## Preliminares

«El año 1823 cuando se suscitó la cuestion entre los brasileros y lusitanos, los hijos del país se adhirieron á estos, á consecuencia de la promesa que ellos les hicieron de entregarles este país libre é independiente, debiendo embarcarse el general en jefe de la plaza don Alvaro da Costa, con la division de Talaveras, compuesta de tres mil hombres de las tres armas. Este arreglo fué hecho con el Cabildo de Montevideo.

«Sitiaba esta plaza el general don Cárlos Federico Lecor, con un ejército de más de tres mil hombres. Duró este sitio once meses, y se concluyó por medio de un tratado, por el cual los lusitanos entregaron la plaza á los brasileros, y se embarcaron para Europa.

«Esta fué la causa por la cual emigramos á Buenos Aires como ciento y tantos Orientales entre jefes, oficiales y algunos particulares.

«Por esta misma época don Juan Antonio Lavalleja estaba hecho cargo de las estancias de Zamora, las cuales administraba por cuenta del Estado, pero habiéndose comprometido en un proyecto de revolución contra la dominación brasilera, fué perseguido por don Fructuoso Rivera, al servicio del Imperio, y tuvo que emigrar á Entre Rios, pasando de allí á Buenos Aires, donde estableció un saladero.

«Fué en ese mismo saladero donde se convino y arregló la empresa del año 1825.

## VII

## Salida de Buenos Aires

«El dia 1.° de Abril de 1825 nos embarcamos, á las doce de la noche, en la costa de *San Isidro*, en un lanchón, los nueve primeros individuos de la expedicion, desembarcando y acampando en una isla formada por un ramal del Paraná, llamado *Brazo Largo*. Esos nueve individuos eran:

| | |
|---|---|
| Don | Manuel Oribe |
| » | Manuel Freire |
| » | Manuel Lavalleja |
| » | Atanasio Sierra |
| » | Juan Spikermann |
| » | Carmelo Colmán |
| Sargento | Areguatí |
| Don | José Leguizamon (a) *Palomo* |
| Vaqueano | Andrés Cheveste. |

«En dicha isla permanecimos 15 dias esperando la segunda expedicion la cual, hasta completar el número de Treinta y Tres, venia á las órdenes de Don Juan Antonio Lavalleja.

«La causa de la demora fué que, en la noche que se embarcaron esos compañeros, los tomó un temporal y los arrojó hácia la altura del Sa-

*lado*, costa Sur de Buenos Aires. Como no podian atracar á ninguna de las costas, pues la oriental estaba vigilada por los brasileros, y la argentina por el gobierno de Buenos Aires, del cual nos habiamos ocultado para salir del territorio, les faltaron los víveres, y hubieran perecido, si el dia 15 de Abril no se hubieran incorporado á los que estabamos en la isla. Allí encontraron donde calmar su hambre, pues hacia dos dias que nos habiamos provisto de carne, la cual nos la trajo el vaqueano Cheveste, quien en una canoa, acompañado de dos hombres, pasó á la costa oriental y consiguió carnear una res (1). Permanecimos en la isla hasta el dia 18 de Abril.

## VIII

## Travesía del Uruguay

«En aquella fecha nos embarcamos en los

(1) «La noche que se reunieron con nosotros nuestros compañeros, todos los oficiales estabamos de jarana al rededor del fogon, y habiéndosele hecho presente á Lavalleja que el cadete don Andrés Spikermann cantaba una décima que habia sido compuesta en Montevideo contra su persona; tanto exigió aquel jefe que no tuvo mas remedio Spikermann que cantarla.

«Despues que la oyó preguntó Lavalleja si sabian quien era el autor; se le contestó que era un español llamado Valverde, teniente de un cuerpo titulado *Dragones de la Provincia*. Entonces Lavalleja dijo en tono de broma:

«—Ese va á ser el primer prisionero que hemos de tomar.

«Efectivamente á los cuatro dias, fué aprisionado el espresado Valverde, en el encuentro de San Salvador.

dos lanchones y navegamos durante la noche, hasta ponernos á la vista de la costa oriental, á fin de hacer la travesia del Uruguay, en la noche del 19.

«El Rio estaba cruzado por lanchas de guerra imperiales, y, por consiguiente, emprendimos marcha en esa noche. A las siete, habiendo navegado como dos horas, nos encontramos entre dos buques enemigos, uno á babor y otro á estribor; veiamos sus faroles á muy poca distancia; el viento era Sur, muy lento, y tuvimos que hacer uso de los remos.

IX

## Invasion

*19 de Abril de 1825.*

«A las 11 de la noche desembarcamos en el *Arenal Grande*, costa del Uruguay. En ese momento no pudimos ménos que besar el suelo de nuestra Pátria. Concluido el desembarque, D. Juan Antonio Lavalleja despachó los dos lanchones para Buenos Aires llevando la lista de las Treinta y Tres á don Pedro Trápani, cuyo señor fué quien nos proporcionó los recursos para nuestra expedición (1).

[1] El señor don Pedro Trápani hizo importantes servicios á nuestra expedicion y, entre otras personas, recuerdo á don José María Platero y á don Luis de la Torre. Este señor tenía su tienda de ropería frente al colegio en Buenos Aires; en ella se vistieron algunos oficiales, y la bandera que trajeron los Treinta y Tres fué hecha por sus propias manos. Es la misma que aún existe.

«Concluido este trabajo, nuestro jefe Lavalleja tomó la bandera y nos dirijió una proclama llena de fuego y patriotismo á la que contestamos con el mismo ardor, jurando llevar adelante nuestra empresa de *Libertad ó Muerte.*

«Esa misma noche debiamos haber encontrado al vecino don Tomás Gomez, el cual segun había convenido tres meses antes con nuestros dos comisionados, D. Atanasio Sierra y D. Manuel Lavalleja (1) debia esperarnos con caballos prontos.

«Circunstancias imprevistas lo habian obligado á ocultarse en el monte (2) y por consecuencia fué necesario que nuestro jefe enviase á su hermano con el vaqueano Cheveste á la estancia de Gomez, la cual distaba poco de la costa; esta comisión la hicieron á pié los dos enviados.

X

## Marcha

*20 de Abril.*

«A las nueve ó diez de la mañana llegaron

(1) Tres meses antes de la invasion, don Juan Antonio Lavalleja envió a don Atanasio Sierra y á su hermano don Manuel Lavalleja con correspondencia para sus amigos en la Banda Oriental, preparándolos para la empresa que premeditaba. Todos contestaron conformes.

[2] El gobierno imperial habia tenido aviso de sus agentes en Buenos Aires, relativos á nuestra empresa, y por consiguiente, el Uruguay estaba cruzado por lanchones de guerra que mandaba un tal *Veloz*, siendo vigiladas las costas por fuerzas á las órdenes del comandante Laguna don Julian]. De este tuvo que ocultarse don Tomás Gomez.

nuestros comisionados con don Tomás Gomez, trayéndo un número suficiente de caballos para toda nuestra gente.

«Emprendimos marcha á las once de la mañana, siguiendo por dentro del monte del Uruguay hasta encontrar *la barra de San Salvador*. En este trayecto se nos reunieron como treinta ó cuarenta hombres montaraces y seguimos toda la noche de este dia por la costa de aquel arroyo, con direccion al pueblo del mismo nombre.

«Tuvimos noticias de que en ese pueblo habia una fuerza enemiga, como de ochenta á cien hombres, mandada por el comandante don Julian Laguna y la cual estaba destinada á vigilar la costa del Uruguay; pues el gobierno imperial tenia aviso de nuestros proyectos.

## XI

## Combate en San Salvador

*Abril 21*

«Amanecimos como á una legua del pueblo, sin ser sentidos, pues durante la noche los oficiales de la fuerza de Laguna habian estado de baile; cuando nos acercamos, como á media legua, salió á reconocernos un oficial llamado *el tonelero*; llegó como á una cuadra de nosotros y hubiera caido prisionero, á no haber de por medio un arroyito pantanoso, cuyo paso habia errado el vaqueano.

«El oficial, así que distinguió la bandera tricolor, partió á escape á dar aviso á Laguna. Tuvimos que bajar el arroyito, como media legua, hasta encontrar el verdadero paso. Esta marcha dió lugar á los enemigos para prepararse y salieron á nuestro encuentro, formándose en una altura como á una legua del pueblo.

«Nuestro jefe Lavalleja comisionó á un vecino para que dijese á Laguna que lo esperaba en campo neutral para hablarle. Efectivamente, vino este jefe; pero Lavalleja no pudo persuadirlo á que se plegase á nuestra causa, y al tiempo de despedirse le advirtió que lo iba á cargar inmediatamente.

«Así se hizo; duró unos momentos la pelea, pero se pronunció la derrota en las filas enemigas, habiéndoles muerto un soldado, cayendo prisionero uno de sus oficiales llamado Valverde y pasándose á nuestra fuerza siete hombres. Los demás fueron perseguidos en una distancia de siete leguas, huyendo unos hácia Soriano, otros hácia Mercedes, y Laguna con algunos oficiales hácia el Durazno.

## XII

## Llegada á Mercedes

«En el mismo dia 21 emprendimos marcha hácia Mercedes, habiéndosenos incorporado por el camino como treinta paisanos; entre ellos venia un postillón que conducia prisionero al ya mencionado oficial *el tonelero*, el cual iba á llevar á Montevideo el parte de nuestro encuentro con Laguna.

«A las diez de la noche nos acercamos á Mercedes, pero como hubiese sabido Lavalleja, que los enemigos estaban sobre las armas, atrincherándose y formando cantones con los vecinos del pueblo, no encontró oportuno hostilizar la poblacion y, en la misma noche, contramarchamos en direccion á las puntas del arroyo Grande.

«Desde entonces fué necesario ocultarnos de dia y marchar únicamente de noche, esparciéndo bomberos y exploradores á todos lados.

«Con estas precauciones conseguimos tomar todos los chasques que mandaban de Mercedes á Montevideo y solo fuimos sentidos, cuando llegamos á San José (1).

XIII

## Rendicion de la fuerza del Durazno

*Abril 27.*

«Ibamos marchando en direccion al Duraz-

[1] «El dia que entramos á San José se había escapado del pueblo un oriental llamado *Farruco*, que siempre había estado al servicio de los brasileros; á consecuencia de la evasion de este individuo, que dió la noticia de nuestra marcha, se nos escapó el jefe Pintos que estaba en Canelones y el mismo general Lecor, cayendo inmediatamente en nuestro póder Montevideo. Se había combinado entre Lavalleja y Rivera que era el comandante general de campaña de los imperialistas, citar al general Lecor á una conferencia, y como este jefe ignoraba la rendicion de Rivera á un pretexto urgente de este quizás hubiese venido al parage designado, y entonces todo estaba consumado. La fuga de *Farruco* echó por tierra todo el plan.

no, cuando tomamos prisionero á un vaqueano de Rivera, llamado Juan Baez, vecino del Colla, el cual regresaba de una comision que le había encargado el dicho Rivera. Por ese prisionero supimos, que este jefe estaba acampado en el Durazno, con una fuerza como de tres cientos hombres y que esperaba al comandante Calderón que venia á incorporársele, con un escuadrón de dragones.

«El referido Baez había sido muy amigo de Lavalleja y como al mismo tiempo le repugnaba la dominación brasilera, propuso sorprender á Rivera y tomarlo prisionero. En consecuencia se comprometió á engañarlo, haciéndole creer que nuestra fuerza era la de Calderón.

«Con este objeto nos condujo por quebradas, hasta ponernos á distancia á tres cuartos de legua del enemigo.

«La guardia avanzada de este era mandada por el teniente don Leonardo Olivera, y asi fué que Baez tuvo que encontrarse con él despues de habernos dejado emboscados. Dijo á aquel oficial que Calderón quedaba en el bajo próximo, y que él seguia á dar el parte á Rivera.

«Miéntras Olivera se aprontaba y montaba á caballo para venir al encuentro de los que consideraba amigos; Rivera salía de su campamento con una escolta de doce hombres y con el mismo objeto de Olivera. Este fué el primero que nos encontró, quedando pasmado al verse frente á Lavalleja y rodeado de una porcion de jefes y oficiales, amigos todos. Conoció el engaño; pero como había sido uno de los que, tres meses antes, habian tenído aviso de nuestra empresa, no trepidó en adherirse á ella inmediatamente.

«Lavalleja hizo preparar cuarenta hombres bien montados y los hizo apostar en el repecho de una cuchilla á las órdenes de Manuel Oribe. A los pocos momentos apareció Rivera á gran galope seguido de su escolta, sugetando los caballos como á distancia de media cuadra; en un instante fué rodeado por la fuerza apostada.

«Las primeras palabras que pronunció Rivera al encontrarse con Lavalleja, fueron estas:

—«*Perdóneme la vida y hágame respetar.*

— «Lavalleja le contestó:

—«*No tenga cuidado* —agregando — *No se portó Vd. así cuando me persiguió por órden del Baron de la Laguna*—«Rivera contestó à este reproche que—*no lo había perseguido, que por el contrario lo había buscado para acordar con él un plan de independencia.*

«Concluido este breve diálogo, Rivera prometió entregar la fuerza de su mando á Lavalleja, al efecto ordenó á don Leonardo Olivera que hiciese soltar los caballos de la division, asegurando en el campamento que la fuerza que había llegado era la de Calderón.

«Echamos pié á tierra y esperamos á que la operacion estuviese concluida.

«Como á los tres cuartos de hora marchamos con direccion al campamento. Cuando estuvimos en el mismo centro desplegamos la bandera tricolor, y procedimos á desarmar todo lo que era brasilero, alistando á los orientales en nuestras filas.

«En la noche de este mismo, dia 27, marchamos en direccion del Paso del Rey.

*Abril 29.*

«En dicho paso esperamos al coronel Borbas que estaba destacado en San José con una fuerza como de trescientos hombres. Como Rivera era el comandante general de campaña por parte del gobierno brasilero, y se ignoraba aun su captura, se hizo que escribiese una nota al referido Borbas ordenàndole que inmediatamente marchase con su division á incorporársele en el Paso del Rey.

XIV

## Captura de Borbas

*Abril 30.*

«Como á eso del medio dia llegó al paso una carreta con uniformes, escoltada por doce hombres y un oficial, y al anochecer se presentó Borbas con su fuerza.

«Estàbamos acampados del lado Norte del Paso del Rey, teniendo los prisioneros, en número de doscientos, como á tres cuadras á nuestra izquierda; á la derecha se hallaban Lavalleja, Rivera y algunos oficiales como á la misma distancia, estando firme nuestra fuerza compuesta de doscientos cincuenta hombres frente al paso, y como á dos cuadras de él.

«En esta posicion, mandó órden Rivera á Bor-

bas que pasase el rio y acampase á la izquierda de nuestra fuerza. Hecho esta operacion, Rivera envió á decir á Borbas que él y todos sus oficiales podian venir á tomar el café á su fogón, lo cual hicieron.

«La noche estaba oscura y lloviznando; un ayudante de los nuestros dió órden á la tropa de Borbas que pusiese las armas en pabellon y desfilase á su derecha; por medio de esta maniobra fué fácil á nuestros soldados apoderarse de todo, quedando prisionera la división.

«Mientras esto sucedía con la tropa, Lavalleja intimaba á Borbas y sus oficiales se rindiesen á las armas de la patria (1).

*Mayo 1.º.*

«Marchamos en direccion á San José con mas de quinientos prisioneros de tropa y veinte oficiales. Por el camino tomamos á un cadete que iba de chasque para Mercedes, con comunicaciones de importancia.

[1] «Momentos ántes de intimarsele la rendicion á Borbas y sus oficiales, por Lavalleja, Borbas preguntaba á Rivera delante del mismo Lavalleja, — donde estaban *os patrias revoltosos*, agregando porcion de chuscadas. Como Lavalleja conocia ya el desprecio que Borbas hacia de los orientales, le habia preparado una buena leccion. Ordenó á un moreno llamado *Yuca*, ordenanza de Rivera que cuando se intimase la rendicion á Borbas y sus oficiales, se presentáse él á tomar la espada de este jefe. Asi se hizo exactamente.

## XV

## Llegada à San Josè

*Mayo 2.*

«Acampamos en la costa del arroyo, y allí se nos incorporó el comandante Calderon con una fuerza de ciento ochenta hombres. Por este comandante supimos que en el Durazno se habia proclamado la revolucion, á consecuencia de cartas dirigidas por Lavalleja, despues de la captura de Rivera. Esas cartas eran destinadas á la oficialidad de la fuerza que existia en aquel pueblo. Dichos oficiales destituyeron al segundo comandante, que lo era el coronel brasilero Ferrada. Con este acontecimiento nuestra fuerza se elevó á ochocientos ó novecientos hombres bien armados.

«Como la columna de prisioneros era muy pesada, determinó Lavalleja enviarlos al Durazno, haciendo el depósito en aquel punto.

«Fué, pues, necesario desmembrar nuestra fuerza, entregando una parte á Rivera para que custodiase dichos prisioneros hasta aquel pueblo, y al mismo tiempo vigilase á los enemigos que ocupaban á Mercedes.

## XVI

## Llegada á Canelones

*Mayo 3.*

«Marchamos hácia Canelones con miras de

sorprender al coronel Pintos que acampaba en ese punto, como con doscientos hombres. Llegamos al aclarar el día; pero supimos que á las diez de la noche del 2, habian salido para Montevideo á marchas precipitadas (1). Entramos al pueblo por la calle que hoy llaman de los Treinte y Tres y acampamos en la costa del arroyo.

## XVII

## Reunion de fuerzas

« En la costa de ese arroyo, Lavalleja ordenó la reunion de la guardia nacional en varios puntos, nombrando á los siguientes oficiales con ese objeto:

«A don Leonardo Olivera para reunir la guardia nacional de Maldonado.

«A don Simon del Pino, para la de Canelones.

(1) Durante la marcha hácia Canelones, supimos que iba para Mercedes, como á ocho leguas á retaguardia nuestra, una fuerza como de trescientos hombres. Esta fuerza debió caer en nuestro poder, si don Jacinto Trápani no hubiese tomado prisionero á un oficial que el jefe de esa fuerza había mandado á una estancia, con cuatro hombres, para que hiciese carnear algunas reses. Si Trápani hubiese prescindido de tomar al oficial, limitándose únicamente á dar cuenta á Lavalleja, esa fuerza hubiera acampado, siendo despues sorprendida por nosotros; pero al sabér la prision del oficial, contramarchó precipitadamente.

«A don Juan José Florencio, para la de San Josè.

«A consecuencia de esta disposicion solo nos quedó una fuerza como de ochenta hombres; sin embargo, el mismo dia 3 al anochecer marchamos con direccion á Montevideo (1).

## XVIII

### Llegada al Cerrito

*Mayo 4.*

« Al amanecer estabamos sobre el Cerrito. Al salir el sol enarbolamos el pabellon tricolor. Es decir: á los quince dias de haber pasado el Uruguay sitiabamos á los brasileros, que tenían dentro de Montevideo una fuerza como de cinco mil hombres.

### Primeras operaciones

*Mayo 5*

«Una columna compuesta de mil infantes, quinientos caballos y cuatro piezas de artilleria sa-

(1) Al pasar por el saladero de Casavalle en la costa del Miguelete, encontramos un campamento, el cual la noche antes habia sido abandonado con tanta precipitacion, que habian dejado abandonados uniformes completos, muebles de oficiales, y porcion de objetos. Las pulperías ambulantes, pertenecientes á varios individuos de la misma fuerza, quedaron igualmente abandonadas, hallándose intactos en los cajones los diarios que habian hecho el dia anterior.

lió de Montevideo con el objeto de descubrir nuestra fuerza. Llegó hasta la altura donde está el saladero de Legrís. Nosotros á penas contábamos ese dia con sesenta hombres dispuestos del modo siguiente:

«Una partida al frente del Paso Molino, otra en el Buceo, en el centro treinta hombres de guerrillas á las órdenes de don Manuel Oribe y una pequeña reserva mandada por el jefe de la línea comandante don Bonifacio Calderón, la cual estaba oculta en el bajo que llaman del *Pastero.*

«Sostuvimos las guerrillas como hora y media, pero viendo ellos que no podian descubrir nuestra fuerza, y desconfiando fuese numerosa contramarcharon á Montevídeo.

«En la retirada les matamos un soldado, y rescatamos uno de los nuestros que habian tomado extraviado y que llevaban en su retaguardia, para lo cual tuvimos que darles una carga.

XIX

## El comandante Burgueño

*Mayo 6*

Los brasileros habian preso porcion de orientales en esos dias de nuestra invasion, y los tenian encerrados en la ciudadela. Entre ellos se hallaba don Tomás Burgueño; pero el dia 6 de

Mayo á la madrugada, consiguió evadirse con algunos compañeros, descolgándose de las murallas al foso exterior, y presentándose en nuestro campo el mismo dia. Sin demora alguna salió á campaña á reunir fuerzas, y á los cuatro dias se nos incorporó con trescientos hombres escojidos, mozada selecta.

## XX

## Contra-revolución

En estos mismos dias, los brasileros intentaron hacernos la contra-revolución, la cual estaba encabezada por el mismo jefe de la línea don Bonifacio Calderón y algunos particulares. El plan era entregar á los imperialistas la fuerza que sitiaba á Montevideo, y en esta fuerza estaban casi todos los Treinta y Tres.

«Lavalleja se hallaba en Canelones, y habia ya una persona destinada para asesinarlo—Una mujer era la conductora de la correspondencia entre Calderón y el general Lecor. Felizmente fuè descubierta esta conspiración por el mismo individuo destinado á asesinar á Lavalleja, llamado Mariano Caraballo, y por don Antonio Pardo, emisario del general brasilero (1)

«Descubierta la conspiracion se prendieron á todos los individuos complicados en ella. El jefe

(1) «Don Antonió Pardo hizo además otros importantes servícios al pais.

de línea Calderon, fué preso por don Manuel Oribe, su segundo, habiéndose reducido á prision tambien en Canelones algunas otras personas. Calderon y un vecino debieron ser fusilados en el Durazno; pero mediaron grandes empeños, con Lavalleja, y se les perdonó la vida. (1)

«A los pocos dias fugó Calderon y fué á prestar sus servicios en las filas del Imperio, habiendo llegado en ellas á brigadier.

«Juan Spikermann.»

## XXI

Conocidos los apuntes ó el diario del señor Spikermann, que dejamos hoy concluídos, algunos hallarán en ellos demasiada rapidez en la relacion de los sucesos principales y vacíos que el lector deseara ver llenos; pero no se puede exigir más de un hombre que no solo le faltaba la costumbre de escribir, sinó que redactó esos apuntes en una edad avanzada, y en mo-

[1] «Una señora de la cos'a del M guelete era la que conducia de noche la correspondencia de los contra-revolucionarios á Montevideo. Esa señora tenia una hija que estaba en bunas relaciones con don Manuel Oribe, la cual un dia que echaba á este en el pelo aceite de olor le dijo de pronto:

«—Me parece que esta cabeza ha de durar muy poco.

«Como Oribe ya tenia algunas sospechas, asustó á la muchacha de tal modo que ella le confeso que su madre conducia durante la noche la correspondencia del comandante Calderon para el general Lecor.

mentos en que su alma estaba preocupada con el porvenir de su numerosa familia.

Juzgamos, pues, muy necesario ampliar ese trabajo con algunos documentos y aclaraciones, que sirvan para su mejor inteligencia. Esto es lo que nos proponemos en los articulos siguientes.

## XXII

El señor Spikermann en el preliminar de su diario establece que, á consecuencia de la entrega que el general de la plaza don Alvaro da Costa hizo el año 23 al general Lecor, emigraron á Buenos Aires muchos orientales, los cuales tenian la promesa del expresado Alvaro da Costa, de que les entregaria su pais libre é independiente, con tal que lo ayudasen en su defensa contra el general Lecor, que habia abrazado la causa de la independencia brasilera. Asegura asimismo el señor Spikermann que ese arreglo fuè hecho entre el general portugués y el cabildo de Montevideo.

En una acta del cabildo de Montevideo del año 1823 se encuentra comprobado lo que dice el preliminar arriba mencionado, y los documentos que tendremos ocasion de citar en este breve estudio, acabarán de hacer la luz relativamente á las causas de la emigracion oriental á Buenos Aires el año 1824, al retirarse las tropas lusitanas.

La época que nos ocupa es bastante desconocida y por esto nos complacemos en estudiarla.

Dueños de la Banda Oriental del Uruguay los

portugueses, y pacificada esta plaza á consecuencia de la emigracion del general Artigas, y del sometimiento de don Fructuoso Rivera, en 1818, con todas las fuerzas de su mando, comprendieron que la duracion de su dominio sobre los orientales, seria mas ó menos larga, segun la política que para con ellos adoptasen.

De los tres partidos que existian entonces en el pais, el español, el de Buenos Aires y el de Artigas ó de la independencia absoluta, fué este el que mas le llamó la atencion y el que trataron de congraciarse por todos los medios posibles.

El partido español, *ó godo*, como se llamaba entónces, aunque compuesto de la mayor parte de los hombres de saber y fortuna, carecia de accion, y empezaba á sentir ya el decaimiento producido por las victorias de los argentinos.

El que simpatizaba con la dominacion de Buenos Aires, era muy reducido, y solo podria encontrar apoyo, el dia en que la fortuna diese definitivamente una última victoria á las armas de la revolucion de Mayo. Este dia se consideraba, en esa época, muy lejano.

El partido temible para los lusitanos era pues el verdaderamente oriental, el de Artigas; compuesto de la gran mayoria de los hijos de la campaña, partido que contaba con hombres de influjo, resueltos y queridos, como los Oribe, los Lavalleja, los Latorre, los Rivera, sin contar los estremadamente audaces como Otorguéz y otros de su mismo carácter cruel y aventurero.

Sabian los portugueses que la semilla de independencia germina en cualquier terreno y no se les ocultaba tampoco que la habia arrojado Artigas en las masas incultas de nuestros campos,

por haber sido regadas ya con sangre oriental se conservaba, y conservaria siempre pronta á desarrollarse, con incalculable vigor. Así, pues, como hábiles políticos comprendieron que el único medio de neutralizar esa semilla, al menos momentáneamente, era hacer su dominacion lo más dulce posible, dándole un caracter algo nacional y alimentando en los orientales la esperanza de que algun dia, cuando fuesen numerosos y fuertes, podían esperar á ser libres é independientes.

De acuerdo con este hábil plan de conducta los dominadores del año 17 trataron de atraerse á los principales jefes orientales, especialmente al entonces coronel Rivera, que fuè conservado en su puesto de comandante de campaña, influyeron para que los cabildos fuesen desempeñados por hijos del pais, dieron colocacion en las milicias á muchos jóvenes, así de Montevideo como de la campaña, y ni aún perdonaron el medio, muchísimas veces eficaz, de conquistarse las simpatias del sexo bello.

Los oficiales de sus batallones y regimientos generalmente instruidos, galantes y liberales, encontraron acceso en las principales familias de Montevideo, y muchos de ellos contrajeron lazos indisolubles de parentezco.

Parecia que el sentimiento de la independencia habia desfallecido bajo la mano de una dominacion suave, cuando se produjo la revolucion brasilera del año 1822.

Este suceso dió por resultado en la Banda Oriental, que las fuerzas portuguesas se dividiesen en dos bandos: el lusitano y el brasilero. El baron de la Laguna se pronunció en la campaña

por la causa de la independencia del Brasil, y el general don Alvaro da Costa de Souza Macedo con la division de voluntarios reales y el primer regimiento de infanteria, continuó dentro de Montevideo, siendo fiel á su rey y á las órdenes que de él tenia.

Esta escision de las fuerzas dominadoras alcanzó tambien á los orientales: unos se plegaron ó los hicieron plegar, á la causa del nuevo imperio, y otros á la de Portugal, ó más bien dicho á la de la Independencia, despertada por el cabildo de Montevideo, en oposicion con los de los pueblos de campaña que renovaban las protestas de adhesion á la dominacion extranjera.

Al manifiesto del cabildo de Montevideo de 1.° de Abril de 1823 que indudablemente de acuerdo con el jefe portugués, llamaba á los orientales á hacerse dueños de sus destinos, respondian, como hemos dicho en el párrafo anterior, los de Canelones, San José, Soriano, Maldonado, Paysandú y otros pueblos, reconociendo al primer emperador brasilero—como soberano legítimo de la Banda Oriental del Uruguay.

Estas manifestaciones de los pueblos de nuestra campaña no podian estar concebidas de otro modo, desde que un poderoso ejército extranjero dominaba el país, y desde que algunos orientales influian tambien en ellas porque quizás juzgaban sinceramente que la anexion al Brasil era el único medio de conservar la paz y preparar el progreso de su pátria.

Hay en estos sucesos un hecho digno de hacerse notar. En campaña, dónde se ejercia sin rival la influencia extraña y la de algunos naturales afectos á ella, se condenaba la independen-

cia de los orientales. En Montevideo, dónde el jefe lusitano daba por primera vez una libertad absoluta al cabildo, renacía vigorosa esa tendencia, especialmente, en la juventud de la época.

El jóven don Manuel Oribe fué nombrado para mandar las fuerzas orientales; el himno de *Hidalgo*, nuestro primer poeta nacional se cantaba en el teatro, y la bandera vencida en Catalan, la bandera de Artigas, flameó al frente de los audaces y heróicos guerrilleros que defendieron los estramuros de Montevideo durante once meses. Y no se crea que la lucha se circunscribió solamente á guerrillas; hubo hechos de armas bastantes sérios, como el ataque que se dió á los brasileros en la noche del 17 de Abril de 1823 y la célebre emboscada del dia 19 del mismo mes y año, como puede verse en *El Pampero*, periódico que redactaba el ilustrado ciudadano don Juan F. Giró.

La semilla de independencia dejada por Artigas volvió á regarse con sangre oriental, y adquirió, podemos decirlo, nueva fuerza de germinacion.

Para los que aun duden de las tendencias de los hijos de la Banda Oriental á ser libres è independientes desde esa época y desde la de Artigas primero, nos bastará trascribirles algunos párrafos de los manifiestos que los cabildos, de los pueblos de campaña, expidieron contra el que publicó el de la capital.

En el acta labrada en Maldonado el 30 de Abril de 1823, se lée lo siguiente:

«Que dos puntos habia que discutir, si con-
«venia mas al país subsistir incorporado al

«Imperio del Brasil bajo las bases y condiciones «acordadas en el congreso del año 21, y por con- «siguiente ratificar aquella incorporacion, ó si «era mas ventajoso ponerse de acuerdo con el «cabildo de Montevideo obedeciendo sus órde- «nes y propendiendo á sus planes, *incapaces «de hacer la felicidad de la pátria.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

«Que entónces considerando la Provincia de- «sierta y sin elementos para constituir su *in- «dependencia absoluta*, etc., etc., etc., adoptaron «como única mas ventajosa medida proclamar al «emperador don Pedro I.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

«Ahora que en sus papeles públicos (los de «Montevideo) dicen que los habitantes de la cam- «paña les obligan á sostener la *absoluta inde- «pendencia* de la Provincia..... ratificamos la «aclamacion de S. M. el Emperador etc.»

En el acta del 1.° de Mayo del mismo año, labrada en Canelones, se léen idénticos ataques á los propósitos del cabildo de Montevideo. Hay en ese documento un párrafo notable, que viene á comprobar perfectamente la existencia del arreglo entre el jefe portugués y aquel cabildo; dice así: «Y reunidos en junta les expuso con la ma- «yor franqueza el verdadero estado de la campa- «ña, las empresas y aspiraciones de los faccio- «sos, protegidos por el cabildo intruso de Mon- «tevideo *y las tropas europeas* (los portugueses) «los peligros que corria el país, y la necesidad «de que manifestasen sin embozo y con toda «libertad, si estaban por los principios que pro- «clamaba el partido de Montevideo de una *inde-*

«*pendencia absoluta*, ó por la incorporacion al «imperio, etc.»

Si en vez del breve estudio que estamos haciendo de los recuerdos del señor Spikermann escribiésemos una história, podriamos citar aun otros varios documentos que comprueban el noble intento de muchos orientales que creyeron poder realizar ya en esa época la obra de independencia uruguaya.

Entre esos documentos figuraria el notable discurso pronunciado el 11 de Abril de 1823 en Canelones por don Lúcas Josè Obes, obra verdaderamente maestra, ya sea mirada como produccion del político, ya como del literato.

Estamos ciertos que se nos preguntará: ¿en qué bases fundaban los orientales del año 23 la realizacion de sus deseos? Lo que no pudo conseguir Artigas, ¿lo alcanzarian ellos ayudados unicamente por las tropas portuguesas de Montevideo y algunas milicias del país? ¿Cómo oponerse al paso de las huestes imperiales? ¿Cómo adquirir recursos para la lucha? ¿Cómo hacer venir al partido nacional las masas de nuestras cuchillas, influenciadas por hábiles caudillos ligados al imperio?

A todas estas preguntas responde el año 25 con sus providenciales sucesos, que solo pueden explicarse por el *audaces fortuna juvat* de los latinos. Esos pocos orientales, encerrados en Montevideo, habian recibido de Buenos Aires la promesa de una ayuda decidida; creyeron en ella, la esperaban, y no trepidaron en comprometer sus intereses y sus vidas. Esa ayuda faltó, convirtiéndose en la mision diplomática de don José Valentin Gomez, que se presentó

en Rio Janeiro el 15 de Setiembre de 1823, con un memorandum en el que de lo que menos se trataba era de nuestra independencia. Todo él se reduce á demostrar que la Banda Oriental del Uruguay hace parte del Estado de las Provincias del Rio de la Plata, y que todas estas hacian causa comun en el interés de que la llave del Rio de la Plata no estuviese en manos de los brasileros. Concluye finalmente exigiendo del imperio una declaracion definitiva de si entregaria ó no la plaza de Montevideo y su campaña á las Provincias Unidas.

El resultado de esta mision fué absolutamente nulo.

Entre tanto reducidos los lusitanos á sus propias fuerzas y á los exclusivos elementos que le podia dar Montevideo, tuvieron que tratar con el general Lecor la entrega de la plaza, retirándose para Europa á principios del año 1824.

No es posible creer como pretenden algunos que el general portugués don Alvaro da Costa traicionase la palabra dada al cabildo de Montevideo. No podia hacer mas de lo que hizo; la necesidad le obligó á la capitulacion, y quizás las mismas órdenes de su gobierno que induda-blemente consideró inútil é insostenible la permanencia de sus tropas en estos paises.

Los orientales comprometidos en ese nuevo esfuerzo hácia la independencia, tuvieron que emigrar á Buenos Aires yendo el jóven Oribe á su frente. Un año mas tarde debian volver á las playas uruguayas acaudillados por el bravo Lavalleja con la misma fè en el porvenir de su pátria, y el mismo desprecio del peligro.

## XXIII

El señor Spikermann narra con la sencillez propia de la verdad el desembarco de los Treinta y Tres en el Arenal Grande, á las once de la noche del 19 de Abril de 1825, pero á pesar de esa sencillez resalta en su relato un hecho admirable de decision, valor y abnegacion, llevado á cabo por el intrépido Lavalleja.

Los libertadores contaban encontrar caballos prontos al pisar las playas de la pátria. Don Tomás Gomez estaba avisado, y no obstante se hallaron á pié en medio de un arenal. Es imposible pintar la sorpresa que se habia apoderado de aquel grupo de hombres; sabian que el primer elemento de las guerras de entonces era el caballo, y sin embargo ellos, que venian á iniciar la cruzada libertadora, se encontraban aislados y en la terrible posicion de ser tomados por la primer partida exploradora que los encontrase.

Lavalleja comprendió, sin duda, las vacilaciones de sus compañeros, y por uno de esos rasgos de génio tan comunes en nuestros paisanos, tomó en el acto una resolucion, que la historia se encargará de colocar al lado de la de Cortés, al pisar las playas mejicanas.—Ordenó en el acto que las tres lanchas que los habian traído partiesen inmediatamente para Buenos Aires; así se hizo, y desde entónces los Treinta y Tres quedaron entregados á las eventualidades de la ciega casualidad. Una vez bajo el cielo de la pátria, el bravo caudillo jugaba el todo por

el todo, y confiaba su empresa en manos de la providencia.

A mas del relato contenido en el diario del señor Spikermann, hemos oido pintar esa primera escena de la guerra de la independencia al coronel don Atanasio Sierra.

«Estabamos, decia, en una situacion singular. «A nuestra espalda el monte, al frente el cau«daloso Uruguay, sobre cuyas aguas batian los «remos de las tres lanchas que se alejaban; en «en la playas yacían recados, frenos, armas de «diferentes formas y tamaños: aquí dos ó tres «tercerolas, allá un sable, aquí una espada, mas «allá un par de pistolas; ponchos por un lado, «sombreros por el otro, todo mezclado aun co«mo se habia desembarcado. Este desórden, «agregado á nuestros trajes completamente su«cios, rotos en varias partes y que naturalmente «no guardaban la uniformidad militar, nos daba «el aspecto de verdaderos bandidos. Desde las «once de la noche del 19 hasta las nueve de la «mañana del 20, nuestra ansiedad fué extrema. «Continuamente saliamos á la orilla del monte «y aplicabamos el oido á la tierra por ver si «sentiamos el trote de los caballos que esperába«mos. Lavalleja se paseaba traquilamente al «lado de un grupo de *sarandíes*, y habiéndose«le acercado don Manuel Oribe y Zufriategui di«ciéndole que eran las seis de la mañana y no «llegaba Gomez con los caballos, les respondió «sonriéndose: «Puede ser que Gomez no venga «porque los brasileros lo tendrán apurado; pero «Cheveste volverá, y con caballos; es capaz de «sacarlos de la misma caballada de Laguna». «Cuando don Tomás Gomez, acompañado de

«Cheveste y don Manuel Lavalleja, llegaron con «los deseados caballos, hubo muchos de nosotros «que se abrazaron al pescuezo de éstos dándoles «besos como si fuesen sus queridas.»

Inmensa debió ser la alegria de Lavalleja cuando vió coronada su accion intrépida con tan feliz resultado!

## XXIV

Pasamos por alto los demas detalles que contiene el diario del señor Spikermann, para detenernos en el mas importante de los hechos realizados por los Treinta y Tres en su primer quincena de operaciones. Este hecho es la rendicion de las fuerzas brasileras acampadas en el Durazno, rendicion que fué la consecuencia de haber caido por sorpresa el general Rivera en mano de los libertadores.

La relacion que de este importante suceso nos hace el señor Spikermann, está confirmada en los apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay, escritos por don Cárlos Anaya. Hé aqui lo que dicen esos apuntes sobre el particular: «los libres continuaron de cerca «entonces su marcha buscando al general en je- «fe del ejército del imperio don Fructuoso Rive- «ra, quien, sintiendo la aproximacion de fuer- «zas en circunstancias en que esperaba auxilios «de los que mandaba el coronel D. Bonifacio Isag «(á) Calderon, mandó á su ayudante de campo «don Leonardo Olivera con su ordenanza en «observacion; Olivera mandó á este que se acer-

«cara á aquella fuerza; y al hacerlo se halló al «ordenanza con Lavalleja, bajo cuyas órdenes «habia servido en otro tiempo, é instruido es«pecialmente por éste hizo entender al ayudan«te Olivera que era la division de Calderon la «que se aproximaba, y Olivera ofició en ese sen«tido al general en jefe, quíen se dirigió solo, «sin mas armas que su espada á cumplimentar «á su coronel y amigo Calderon, hallándose «en su lugar, cara á cara, con el jefe de los li«bertadores ¡qué soberana sorpresa! Rodeado «por ellos fué hecho prisionero; pero protestan«do que era un verdadero patriota y que acep«taba de buena fé la causa de los libres, el co«mandante Lavalleja aceptó su cooperacion y «formó desde ya parte de aquella formidable «empresa.»

El sargento mayor Spikermann mas minucioso en su diario que el señor Anaya, nos dá el nombre del soldado que fué el instrumento humilde de que se valió la Providencia para separar del paso de los Treinta y Tres el principal é invencible obstáculo.

Ese soldado se llamaba Baez, vecino del Colla. Decidido á servir la causa de su patria desde el momento que se encontró con Lavalleja, inspirado por su amor á la libertad, siempre vivo en el corazon de nuestros paisanos, y por la viveza de su ingénio, que les es característica concibió con la rapidez del rayo el proyecto de hacer capturar á Rivera y lo propuso á Lavalleja.

Los filósofos hacen notar, en el estudio de los acontecimientos humanos, que muchas veces el triunfo de las grandes causas morales ó políti-

cas dependen de sucesos insignificantes, ó de instrumentos que por su pequeñez pasan inapercibidos para la historia.

Asi, creemos que el resultado de la empresa de los Treinta y Tres, y el no haber fracasado en sus primeros pasos, se debe exclusivamente á ese paisano Baez, cuyo nombre no conoceríamos hoy, á no haberlo conservado en su memoria el señor Spikermann.

Sin la captura de Rivera que mandaba la fuerza mas respetable del Brasil en el Durazno, fuerza organizada, numerosa, díez veces mayor que la de Lavalleja, éste hubiera sucumbido sin gran esfuerzo del vencedor, cayendo con el caudillo del año 25 la causa de nuestra Independencia.

¡Pobre Baez! base sencilla sobre la que se colocó la primera piedra de nuestras libertades, quizás, ni tus restos descansan en el seno de la patria!

## XXV

Antes de finalizar este breve estudio, debemos hacer notar un pequeño descuido que padeció el señor Spikermann, al relatar la salida de las fuerzas de Montevideo el 5 de Mayo, con el objeto de batir las libertadoras. Dice el diario que nos ocupa, que sus fuerzas salieron hasta el saladero de *Legrís*. En esa época no existia el tal saladera; el lugar que ocupó despues ese establecimiento se denominaba *Piedras Blancas*.

No es estraño semejante descuido por parte del señor Spikermann, si se tiene presente que

escribió su diario en época que ese lugar solo se conocia ya por el nombre de *Saladero* ó *Cuchilla de Legrís.*

## XXVI

Solo nos resta ratificar con un dato mas la parte del diario señor Spikermann, en la parte relativa á la conspiracion que tenia por objeto el asesinato de Lavalleja y los principales jefes de las fuerzas libertadoras.

El señor Anaya en las memorias ya citadas se expresa como sigue:

«El comandante Lavalleja se aproximó al Ca-
«nelon, y allí convocó individuos de su confian-
«za para instruirlos de sus aspiraciones y de sus
«proyectos, que tenian por punto de mira la li-
«bertad y la independencia de la pàtria. Al hacer-
«lo agregó que sus recursos consistian en los
«brazos orientales, sin esperar extraños auxilios
«y terminó reclamando la cooperacion de los ha-
«bitantes del Estado, para triunfar de la domi-
«nacion imperial, que lo vejaba! No faltó quien
«informara de todo esto al general Lecor, en
«cuya consecuencia se tramó una conspiracion
«contra las vidas de Lavalleja, Oribe y Rivera,
«y demás jefes principales de aquella cruzada,
«proyecto que se puso en práctica, pero que fra-
«casó por haberse hecho sentir, siendo reducidos
«á prision los que habian arrostrado tan horren-
«do plan. Encausados y sentenciados fueron ge-
«nerosamente indultados por el mismo Lavalleja.

«¡Magnánimo ejemplo de abnegacion que deberia «tener imitadores!»

Bien dice el señor Anaya: deberia tener imitadores, y por cierto que no hubiese corrido tanta sangre oriental desde entónces, pero es necesario no olvidar que solo las causas justas inspiran al vencedor sentimientos nobles y humanitarios.

R. DE S.

Durazno, 1867.

El cardenal Cisneros, tiene un cardenal (muy) cantor que le hizo un cardenal en la frente.

Me traerás el sobre, que te sobre de los que están sobre la mesa.

Un hombre de peras, está comiendo una pera en la ciudad de Pera.

Un hombre ~~muy~~ bajo canta coplas muy bajo en un salón de techo bajo, sentado en un banco muy bajo

No siempre el que escapa lleva capa ni escapa, ni capa.

La ~~b~~ bandera ~~las~~ llevo la lavandera para lavarla con varias banderas y lavanderas.

Luis está en el Durazno recogiendo duraznos en el monte y los duraznos se llevó al Durazno para que lo vigilara. y Durazno se puso a comer duraznos

Vivas. fue á cazar y cazó varias perdices vivas.